

28 de Noviembre de 1935

Antonio Tabucchi

¿Qué hora es?, preguntó Pessoa.

Es casi medianoche, respondió Alvaro de Campos, la mejor hora para encontrarse contigo, es la hora de los fantasmas.

¿Por qué has venido?, preguntó Pessoa.

Porque si vas a marcharte hay algunas cosas de las que tenemos que hablar, respondió Alvaro de Campos, yo no sobreviviré a tu muerte, partiré contigo, antes de sumergirnos en la oscuridad tenemos que hablar de algunas cosas.

Pessoa se incorporó sobre las almohadas, bebió un trago de agua y preguntó: ¿qué estás tramando?

Querido mío, respondió Alvaro de Campos, noto con placer que no me llamas ingeniero ni me tratas de usted, que te diriges a mí con familiaridad.

Claro, respondió Pessoa, tú has entrado en mi vida, te has sustituido a mí, eres tú quien hizo que acabara mi relación con Ophélie.

Lo hice por tu bien, replicó Alvaro de Campos, aquella muchachita emancipada no le convenía a un hombre de tu edad, ese matrimonio hubiera sido un error. Y además, mira, todas aquellas cartas de amor que le escribiste eran ridículas, creo que todas las cartas de amor son ridículas, en fin, te defendí del ridículo, espero que me estés agradecido.

Yo la amaba, susurró Pessoa.

Con una amor ridículo, replicó Alvaro de Campos.

Sí, claro, es posible, respondió Pessoa, pero ¿y tú?

¿Yo?, dijo Campos. Yo, bueno, a mí me queda la ironía, he escrito un soneto que nunca te he mostrado, habla de un amor que te incomodará, porque está dedicado a un jovencito, un jovencito al que amé y que me amó en Inglaterra, resumiendo, a partir de este soneto nacerá la leyenda de tus amores reprimidos, y algunos críticos se frotarán las manos.

¿Has amado de verdad a alguien?, susurró Pessoa.

He amado verdaderamente a alguien, respondió en voz baja Campos.

Entonces yo te absuelvo, dijo Pessoa, te absuelvo, creía que en tu vida tú sólo habías amado la teoría.

No, dijo Campos acercándose a la cama, también he amado la vida, y si en mis odas futuristas y furibundas nada me he tomado en serio, si en mis poesías nihilistas todo lo he destruido, hasta a mí mismo, has de saber que en mi vida yo también he amado, con consciente dolor.

Pessoa levantó una mano e hizo una señal esotérica. Dijo: te absuelvo, Alvaro, ve con los dioses sempiternos, si tú has tenido amores, si tú has tenido un solo amor, estás absuelto, porque eres un ser humano, es tu humanidad la que te absuelve.

¿Puedo fumar?, preguntó Campos.

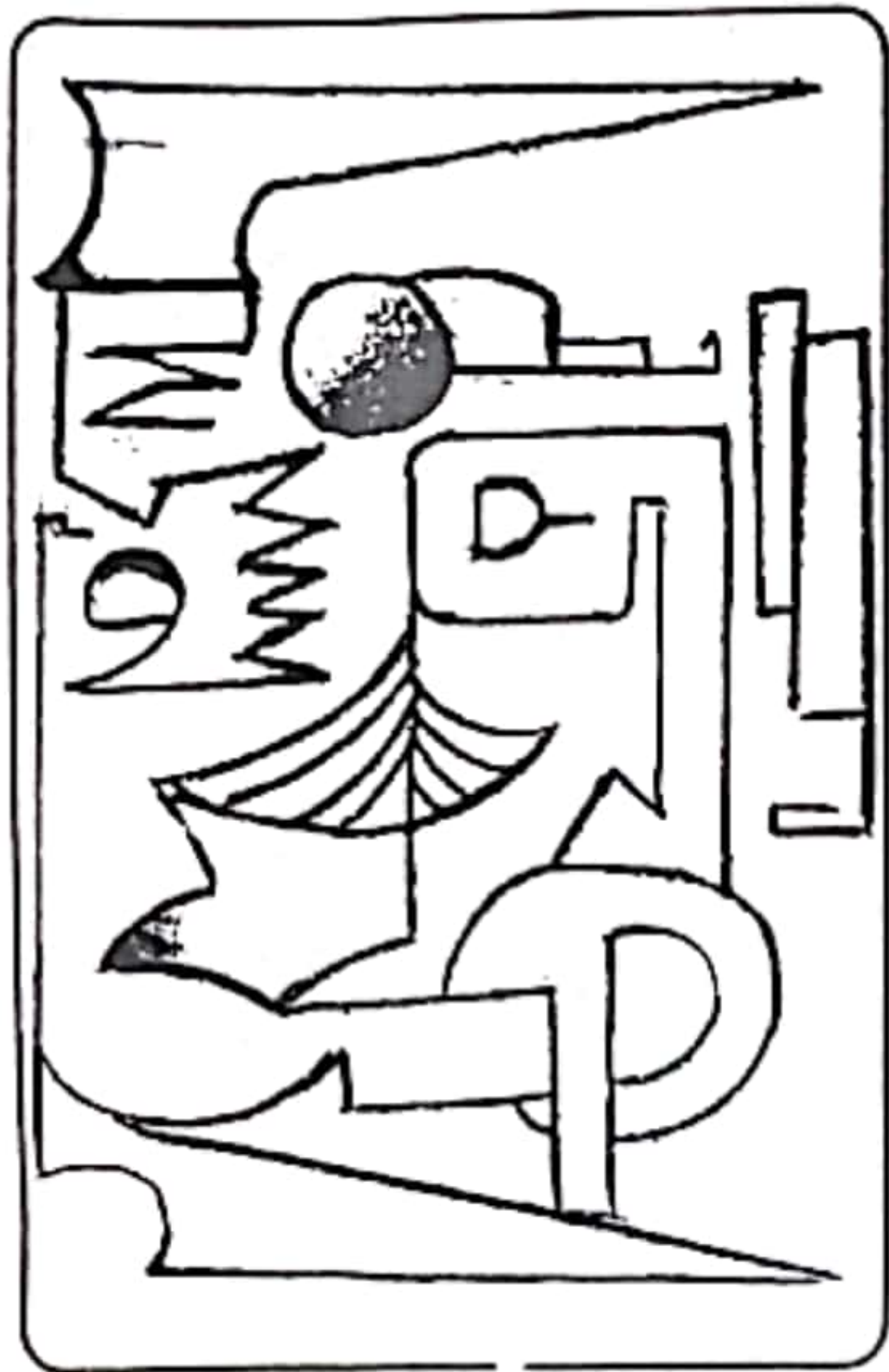
Pessoa hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Campos sacó del bolsillo una pitillera de plata y cogió un cigarrillo, lo colocó en una larga boquilla de marfil y lo encendió. Sabes, Fernando, dijo, siento nostalgia de cuando era un poeta decadente, de la época en que hice aquel viaje en transatlántico por los mares de Oriente, ah, entonces habría sido capaz de escribir versos a la luna, y te lo aseguro, por la noche, en la cubierta, cuando había bailes a bordo, la luna era tan plenamente escenográfica, tan plenamente mía. Pero en aquel tiempo yo era un estúpido, ironizaba sobre la vida, no sabía gozar de la vida que me había sido concedida, y así perdí la oportunidad, y mi vida se ha disipado.

¿Y después?, preguntó Pessoa.

Después empecé a querer descifrar la realidad, como si la realidad fuera descifrable, y llegó la desazón. Y con la desazón, el nihilismo, después ya no he creído en nada, ni siquiera en mí mismo. Y hoy estoy aquí, en el cabecero de tu cama, como un trapo inútil, he hecho las maletas para ir a ninguna parte, y mi corazón es un recipiente vacío. Campos fue hacia la mesa y aplastó la colilla en un platito de porcelana. Bien, querido Fernando, dijo, necesitaba decirte estas cosas ahora que quizás estemos a punto de separarnos, tengo que

irme, vendrán también los otros a verte, lo sé, y a ti ya no te queda demasiado tiempo, adiós.

Campos se puso la capa sobre los hombros, se ajustó el monóculo en el ojo derecho, hizo un rápido gesto de despedida con la mano, abrió la puerta, se paró un instante y repitió: adiós, Fernando. Y después susurró: tal vez no todas las cartas de amor sean ridículas. Y cerró la puerta.



*Antonio Tabucchi
(Italia -1943).
Experto en la obra de
Fernando Pessoa.
Fragmento de la
fabulación: 'Los
últimos 3 días de
Fernando Pessoa.'*